

Derechos humanos y democracia

José Luis Vázquez Borau*

LA Declaración de los Derechos Humanos es un texto redactado terminada la segunda guerra mundial, una vez constatadas todas las barbaries que se cometieron. A pesar del tiempo transcurrido, tal y como denuncia Amnistía Internacional en su informe de 1997, se violan los derechos humanos en las dos terceras partes del planeta. En 55 países se produjeron ejecuciones extrajudiciales, y ejecuciones judiciales en 40. En 87 países existen presos de conciencia. Se hicieron denuncias por tortura en 117 países y en 31 se registraron casos de desaparecidos. Si se mira por áreas geográficas, sobresale la cifra récord de 74 personas ejecutadas en EUA. África está sumergida en el caos a causa de las numerosas guerras y donde los autores de los crímenes no han tenido que responder ante la ley. Destaca trágicamente la situación de muchas mujeres a las que se las somete a mutilaciones genitales. En Asia, que vive una situación inestable, los trabajadores de las etnias minoritarias sufren las consecuencias de la crisis.

* Filósofo y teólogo. Del Instituto Emmanuel Mounier. Barcelona.

Fundamentación teológica

QUISIÉRAMOS resaltar aquí la estrecha relación entre el respeto de los derechos humanos y la democracia, para afirmar a renglón seguido nuestra certeza: a mayor respeto de los derechos humanos, mayor democracia, y a la inversa. Y he aquí nuestra preocupación: Si hoy existe tanto menosprecio de los derechos humanos, ¿no será porque se ha olvidado la fuente de donde derivan los mismos? Jacques Maritain, pensador que vivió mientras se estaba elaborando la Declaración de los Derechos Humanos, señaló acertadamente la fuente de donde dimanaban los ideales revolucionarios de Libertad, Fraternidad e Igualdad; afirmando que «*el ideal democrático es el nombre profano del ideal de cristiandad*» (1). Así, siguiendo el pensamiento de Jordi Giró, en su artículo «*Jacques Maritain: pensador cristià de la democràcia*» (2), la proclamación de la libertad del ser humano deriva del Génesis (3), donde se afirma que el hombre es imagen y semejanza de Dios. El ser humano es libre porque su dignidad es una dignidad de medida divina: está creado para ser Dios, hijo de Dios; de tal manera que es responsable de sus actos y de sus decisiones, y de éstas depende el proyecto que de sí mismo quiera realizar. «*Lo que en el lenguaje bíblico se llama imagen de Dios, en lenguaje filosófico se designa con el nombre de persona. De la eminente dignidad de la persona humana se deriva el respeto que merece, pues cada persona humana, cada ser humano, es único e irrepetible y tiene valor absoluto*» (4). El lema revolucionario de la igualdad proviene de la filiación divina del ser humano. Que toda la estirpe humana sea hija de Dios implica que todos somos por igual hijos de Él y por tanto hermanos. Esta idea traducida al lenguaje profano significa la igualdad de naturaleza de la especie humana, denunciando todo tipo de racismo, tanto el que se funda en rasgos biológicos como el que se basa en aspectos sociales y económicos. Finalmente, el lema de la fraternidad tiene su origen en el mandamiento nuevotestamentario del amor. Como hijos de un mismo Padre y hermanos, se impone una relación de amor fraterno entre los humanos y las demás criaturas. La traducción política de todo esto es la amistad cívica universal, constituyendo la base de la sociedad, contradiciendo las doctrinas que ponen el fundamento de la sociedad en el

(1) J. Maritain: *Christianisme et démocratie, Oeuvres complètes*. Éditions Universitaires, Fribourg, 701-762.

(2) Cf. J. Giró: «*Jacques Maritain: pensador cristià de la democràcia*», Miscelánea en homenaje a Eusebi Colomer, «*Pensar en diàleg*», *Revista Catalana de Teologia*, Barcelona, 1994, 233-241.

(3) Gn 1, 26.

(4) *Ibid.*, 237.

miedo y en el interés mutuo, pues existe una tendencia innata de la persona hacia la fraternidad, que es la base de la sociedad. Por esto Gregorio Peces-Barba, siguiendo a Maritain, señala las siguientes características fundamentales de la democracia: sistema político y social, personalista, comunitario, pluralista y teísta (5).

¿Solidaridad, o compromiso moral?

HOY en día se practica una solidaridad práctica (ONGs solidarias con el Tercer y Cuarto Mundo, movimientos ecopacifistas, insumisos, etc.), que pretenden actuar y solucionar alguna cosa concreta allí donde se construye o destruye la humanidad. Se dice que el «antiguo compromiso» era el resultado de una moral donde la acción era consecuencia lógica de la reflexión, como si primero se diseñase al ser humano en un laboratorio intelectual y más tarde se tuviese que experimentar el diseño en el laboratorio de la historia. A. Domingo Moratalla nos señala en su artículo «La reinención del compromiso» (6) que *«el origen de las nuevas maneras de entender el “compromiso” (Voluntariado, ONGs, etc.) se encuentra en las nuevas formas de sensibilidad. El compromiso adquiere nuevas dimensiones que anteriormente no tenía cuando se limitaba al cambio de las estructuras políticas y económicas. La Economía y la Política se ven desplazadas por la Ética, la Estética y la Religión»*. No obstante, no debemos olvidar que el pensamiento posmoderno actual desestabiliza los significados al destruir el orden simbólico. Del proyecto «moderno» ya casi ni se recuerdan los conceptos de cuyos contenidos se ha ido proclamando sucesivamente la muerte: Dios, la metafísica, la historia, la ideología, la revolución y, finalmente, la misma muerte. Como dice Josep M. Esquirol, *«la prioridad de la democracia sobre la filosofía expresa las reticencias de la postmodernidad en lo que respecta a la posibilidad del criterio y de la verdad... Tiranía y relativismo moral van de la mano, en el sentido de que son dos posibilidades de lo mismo»* (7). Y como han señalado Fehér y Heller, el relativismo moral conduce a situaciones alarmantes: *«Si el total relativismo moral, que es innegablemente una de las opciones de la postmodernidad, domina en ella, incluso la evolución de las deportaciones en masa y genocidio se convierte en una cues-*

(5) Cf. G. Peces-Barba: *Persona, sociedad, estado*. Edicusa, Madrid, 1972, 234-259.

(6) Cf. A. Domingo Moratalla: «La reinención del compromiso», *Vida Nueva*, n.º 2.158, Madrid, 1998.

(7) J. M. Esquirol: *La frivolidad política del final de la historia*. Caparros Editores, Madrid, 1998, 74.

ción de gusto (que esto es mucho más que una posibilidad teórica queda probado por el «fascismo postmoderno» de Le Pen. Para Le Pen, el Holocausto, acerca del cual arguye al estilo de los agnósticos, si en realidad ha ocurrido, es una cuestión menor cuya evaluación depende de nuestra interpretación más general de los métodos de guerra)» (8).

Para nosotros no se trata de oponer el «compromiso por la justicia» al «compromiso solidario», como surgiendo uno de la razón y el otro de la sensibilidad. Es verdad que hay que educar nuestra mirada para ser sensibles a las necesidades de nuestros hermanos, pero necesitamos también una mediación política eficaz para evitar que lo inhumano se vuelva a repetir indefinidamente. La solidaridad tiene el peligro de hacer el juego al neoliberalismo dominante, si no incorpora una visión más estructural y política. Se trata de valorar toda esta expresión solidaria del voluntariado, pero sin olvidar dónde está el Mal y cuál es el enemigo que hay que combatir, tal y como queda reflejado en el informe anual de 1998 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Allí se indica el nivel del desarrollo humano, señalando que 225 ultrarricos acumulan una riqueza igual a la de 2.500 millones de personas; y si en millones de dólares en el mundo se gastan 6.000 en Enseñanza básica para todo el planeta, en gastos militares se gastan 780.000 millones, y sólo en Europa gastamos en bebidas alcohólicas 105.000 millones.

La amistad cívica

TRABAJAR en pro de los Derechos Humanos es ir construyendo la «amistad cívica» o una comunidad de relaciones, cuya finalidad es una vida perfecta y autosuficiente, que surge de la decisión de vivir en común. Esto genera una solidaridad ética, una comunidad abierta, donde la lógica de la justicia no queda reducida a la lógica de la cooperación mercantil o el consenso institucional. Una lógica que no tiene que ver con el dar de la cooperación, sino con el darse de la generosidad. No se trata tanto de una lógica de la acción cuanto de una lógica de la donación.

Se trata de escoger entre la cultura de la competitividad o la cultura de la paz. La agresividad convertida en violencia lleva a una concepción competitiva de la existencia que se manifiesta en la discusión para con-vencer; el deporte como ejercicio de la competitividad; la libre competencia en el mer-

(8) A. Heller & F. Fehér: *Políticas de la postmodernidad*. Península, Barcelona, 1994, 2.ª ed., 160.

cado que trata de vencer al otro en el mercado, y, finalmente, la guerra, que es la continuidad de la política por otros medios. Frente a esta cultura existe otra que es la de la solidaridad, la fraternidad. Cultura en el sentido que tiene una «agricultura», es decir, que pide cultivar la paz. Como dice J. L. Aranguren, «es como una planta sumamente frágil que tenemos que cuidar con mimo, porque, si no, morirá. Y su muerte hoy tiene más repercusiones, es realmente fatal» (9).

Los derechos humanos no se imponen por decreto. La paz tiene que ser lograda desde abajo, tiene que ser afirmada democráticamente. Es una conquista utópica. Habrá que ir transformando la realidad conforme al ideal utópico de los derechos humanos, ayudando en las necesidades de nuestros hermanos más desfavorecidos a través de las ONGs, Voluntariado, etc., al mismo tiempo que realizamos la resistencia pasiva, no violenta, elevando nuestro clamor ético como presión frente a los poderosos e ir logrando así garantías jurídicas para los derechos humanos, la defensa del ecosistema, orientaciones políticas de desarme, de diálogo, de solidaridad y de apoyo a los pueblos oprimidos.

En todo esto consiste el principio vital de la democracia: realizar temporalmente en la sociedad la ley del amor fraterno y la dignidad espiritual de la persona humana. Estas dos aspiraciones son el alma de la democracia y el ideal que le da vida y la sostiene.

(9) J. L. Aranguren: *De ética y moral*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1992, 199.